

espíritus indóciles de los filósofos nunca son por demas las demostraciones multiplicadas, que aunque no les conviertan les confundirán mas y mas, y pondrán sus miserables sofismas entre los mas estravagantes delirios de una razon estraviada; queremos por conclusion hacerles ver que la propagacion del evangelio y establecimiento de la Iglesia jamas puede ser obra de la criatura, y que solamente el Criador pudo ser el autor de la religion que profesamos, y solo el mismo pudo hacer que se propagara en el universo.

¡O incrédulos! falsos filósofos, impostores desvergonzados, ignorantes orgullosos, ¿como os habeis atrevido á atacar en vuestros despreciables escritos las verdades mas inconcusas? ¿como con ellos habeis querido corromper las fuentes puras de toda certidumbre? ¿Por que desgracia habeis logrado corromper á tantos desventurados, no solo en vuestro pais, sino en los mas lejanos? ¡Dios justo! vos habeis permitido que muchos insensatos hayan alucinadose con errores tan groceros: vos en castigo de sus corrompidas costumbres les habeis dejado en manos de su propio consejo. Dignaos por quien sois, de enviar un rayo de vuestra luz celestial para que estos infelices conozcan la verdad y vuelvan á la religion que han abandonado: si ellos se han hecho de peor condicion que las bestias, vos con solo querer hacerlos que conozcan y lloren fructuosamente sus estravios; no les dejéis en las tinie-

blas en que yacen: convertidos á vos para que no entren en el número de tantos infelices que en el último de los dias bramarán despechados conociendo que han separadose del camino de la verdad: esto os deseamos ardientemente falsos filósofos porque apeteceemos vuestra verdadera felicidad.

CAPÍTULO IX.

Discurso sobre la propagacion del evangelio y establecimiento de la Iglesia.

Los hombres acostumbrados á ver ciertos efectos sin relacion á sus causas tienen por cosas muy comunes y de poca importancia las que meditadas atentamente y examinadas sus principios contienen los prodigios mas estupendos. La propagacion del evangelio y establecimiento de la Iglesia no llamará la atencion del que solo mira la superficie de las cosas sin penetrar su fondo, pero el hombre sensato y juicioso observador encontrará aqui un tegido de prodigios tan asombroso, que pasmado al percibirlos no podrá menos que esclamar, aqui está el dedo de Dios, pues solo el Omnipotente puede ser el autor y conservador de una religion, que en medio de las contradicciones de los pueblos se ha propagado con increíble celeridad y transmitido hasta nosotros íntegra en sus dogmas, su moral y su modo de gober-

nar á los que la siguen. No pretendemos sentar como principio indisputable que todo proyecto es justo y recto porque se propaga con celeridad, pues tambien puede tener un suceso prospero lo que es contrario á la recta razon: tal es el Alcoran á quien su rápida propagacion no le quitará jamas la nota de ser la obra de la impostura y del error, pues si tubo un suceso conforme á los deseos de su autor, los medios de que se valió este y la doctrina que enseñó demuestran que pudo verificarse sin milagro. En efecto, el impostor Mahoma alagando por una parte á las pasiones y por otra con la cimitarra en la mano amenazando y dando muerte á los que no quisieran seguirle, pudo y consiguió arrastrar á los pueblos tras de sí, siendo el libertinage y temor los agentes poderosos que obraron en los corazones corrompidos de los hombres. Este mismo desenfreno seductor hizo al mundo politeista, y así considerada aisladamente la felicidad del esito de cualquier proyecto no tiene en su favor la presuncion de la justicia. ¿Mas se halla en igual caso la propagacion del evangelio? Vamos á demostrar que no, y para el efecto examinaremos la esencia de la religion que en el se contiene, las personas por quienes se propaga, los medios de que estas se valieron, los obstáculos que encontraron, los sacrificios que tubieron necesidad de hacer sus seguidores, y su feliz resultado y perpetuidad, apesar de los enemigos que no han cesado de levantarse en

el largo periodo de 18 siglos. Examinaremos cada una de estas cosas separadamente para dar al todo la luz necesaria.

¿Que encontramos en la religion cristiana capaz de lisongear las inclinaciones de los hombres? una moral austera que nace frente á todos los vicios sin transigir jamas con alguno ni entrar en composiciones con la carne y con la sangre. El orgullo, la ambicion y avaricia se ven condenadas por el divino legislador que dandose por modelo dice que aprendan de su Magestad que es manso y humilde de corazon, y que el que quiera ser mayor entre sus semejantes sea el servidor de los demas: el mismo enseña el desprendimiento de las cosas temporales, y aconseja que el que quiera ser perfecto venda lo que posee y le siga sin dejar algun lazo que le ate con el mundo. La impureza, esa pasion detestable que ciega y arrastra con sus perversos aunque dulces encantos, no solo es prohibida en la obra y la palabra; sino tambien en el mismo pensamiento, mandandose al cristiano que trabaje sin cesar contra los estímulos de la concupiscencia. La ira, la envidia, la vida ociosa y regalada, ningun lugar hallarán en esta religion santa en que el fiel debe amar á su prójimo no con la palabra y con la lengua sino con la obra y la verdad; por consiguiente se ha de sentir el mal del prójimo y complacer de su bien como propios; se ha de socorrer al necesitado sin exceptuar al mas cruel enemigo y perseguidor por

quien se ha de orar y amar con caridad sincera. El trabajo en el cumplimiento de las obligaciones y en el servicio de Dios ha de ser de toda la vida. Si la voluntad es precisada á sacrificar sus viciadas inclinaciones, el entendimiento tiene que hacer no menores sacrificios. La natural curiosidad de una razon inquieta y curiosa sujeta por la revelacion tiene que recibir como verdades incontestables unos dogmas, que aunque certisimos por estar asegurados y apoyados en el testimonio infalible de un Dios, pero inconcebibles á la capacidad humana y de los que se deducen espantosas consecuencias.

Todas estas cosas diametralmente opuestas á las inclinaciones de una naturaleza corrompida habian de ser recibidas en el universo, y para el efecto era necesario convencer de ciegos y locos á los hombres que se tenian por los mas ilustrados; era necesario abandonar unas religiones dulces y comodas que no atormentaban á las pasiones, para abrasar la que las combatia y reprimia: era necesario destruir un culto con el cual se encontraba bien hallado el mundo supersticioso, y al que hacia respetable su misma antigüedad: era necesario despreciar los oráculos y la multitud de divinidades veneradas del paganismo, echar por tierra los templos que habia levantado la autoridad pública, y ver como detestable supersticion lo que por muchos siglos se habia practicado con religiosa veneracion.

Esta revolucion de ideas y de cosas habia de verificarse en las aldeas, en los pueblos, en las ciudades opulentas y aun en la misma capital del poderoso imperio romano. ¿Y por quienes se habia de hacer tan asombrosa revolucion? ¿acaso por algunos grandes del siglo cuyas riquezas y representacion atrajeran así la multitud? no, sino por unos pobres del comun del pueblo, ignorantes, y destituidos de todo apoyo humano; ninguno estaba versado en las ciencias profanas, siendoles desconocida la fastuosa filosofía del griego y del romano: en su misma nacion eran tenidos por ignorantes, exceptuado San Pablo, y aun su idioma era el provincial de Galilea, que era tenido en Jerusalem por muy corrompido y por consiguiente grosero. He aquí los reformadores del universo, los que van á enseñar la nueva doctrina; los que van á hacer que el mundo adore á un hombre, que habia muerto en un afrentoso suplicio en Jerusalem, y que habia vivido en un estado tan pobre y abatido que no habia tenido en donde reclinarse su cabeza: á este hombre predicaban como Dios, el cual dice S. Pablo que era escándalo para los judíos, necedad y locura para las gentes, mas para el y los que le seguian era la misma virtud del Escelso. Si atendemos á sola la razon humana, ¿que acogida debian tener entre los hombres? Al judío dicen que ha acabado su culto ceremonial, y su sacerdocio, que renuncien á Moises para seguir á Jesucristo:

que Aron y los levitas cedan el lugar á un nuevo sacerdocio, y que el pueblo judaico no cuente ya con ser exclusivamente el escogido, pues todas las naciones eran llamadas á disfrutar de los derechos de hijos de Dios. Al gentil se le acusa de necio en su creencia, se le dice que sus divinidades son unos mudos troncos que no oyen ni ven, que los arrojen de su trono y coloquen en su lugar la cruz, que hasta entonces habia sido tenida por el signo del oprobio y de la afrenta. ¡Dios santo! ¿es posible que tal doctrina se ha de propagar por todo el universo siendo los predicadores unos humildes pescadores? Si, no hay duda vos os complacéis en elegir unas personas obscuras para confundir á los sabios y poderosos del siglo.

Los medios de que se valen los apóstoles para la consecucion de sus fines, no son la fuerza y el poder de la tierra, sino la persuacion y el convencimiento. Despues de la muerte del Salvador, de su resurreccion y venida del Espíritu Santo, los apóstoles dividen entre sí al universo, parte cada uno á la region que le ha tocado en suerte, la recorre toda, anunciando el reino de los cielos y casi á un mismo tiempo el nombre de Jesucristo resuena mas allá de los límites del vastísimo imperio romano. S. Pedro cabeza del colegio apostolico hace mension de las iglesias ya establecidas en el Ponto, Galacia Capadocia, Bythinia y la vasta provincia del Asia. Santiago gobierna la Igle-

sia de Jerusalem, S. Marcos establece la del Egipto: S. Bernabe forma un gran número de fieles en la isla de Chipre: S. Pablo en sus epístolas habla de las iglesias establecidas en la Grecia, la Cilicia, la Siria y la Arabia; la tradicion nos enseña que santo Tomas y san Bartolomé penetraron la India, la Persia y la Bactriana; en fin, en el mismo siglo en que murió Jesucristo, su religion se predica, crece y fructifica en todo el universo.

Este suceso próspero lo consiguieron ya asombrando al mundo con unas virtudes tan sublimes que se creian impracticables á no verlas realizadas en los apóstoles, y ya haciendo tales prodigios, que parecia que las leyes de la naturaleza estaban unicamente atentas á lo que les mandaban para obedecerles sin la menor tardanza. A las virtudes y prodigios juntan su predicacion, siendo éstos los medios de convertir al mundo infiel. ¿Que diferencia entre los predicadores de la religion de Jesucristo y el impostor Mahoma! este armado de pies á cabeza al frente de un exercito numeroso, y con la espada teñida en la sangre de los que se le oponen manda que se le crea, y aquellos sin otras armas que la paciencia, la dulzura, la pureza de las costumbres los prodigios y la fuerza del raciocinio enseñan su religion. ¿Digan de buena fe los incredulos, cual de estas dos religiones es la que les parece que se ha propagado por la proteccion de Dios? Es preciso confesar que la cristiana.

Pasemos á ver los obstáculos que se opusieron á su propagacion.

Para ecsaminar con toda la claridad posible este punto, demos una ligera ojeada sobre las costumbres que en aquel tiempo reinaban en el universo. Aunque la luz de la razon no se habia estinguido del todo en los hombres; pero como se hallaban estos tan entregados á sus pasiones, hacian muy poco aprecio de ella. El horror al vicio no se conocia, lo mismo que el pudor, y de aquí venia el que se manchaban los hombres con los crímenes mas enormes y vergonzosos, sin freno alguno que les contuviera: el derecho de la fuerza era el único que se hacia valer, y si algun ambicioso llegaba á hacerse de poder no parándose en los medios, se apoderaba del supremo dominio y habia gemir con cadenas de hierro al pueblo que no tenia otra culpa que su debilidad. Roma, que en los tiempos de la venida de Jesucristo se habia hecho la señora de las naciones, á todas las tiranizaba por medio de los gefes corrompidos que despachaba á enriquecerse con los bienes ajenos; mas al tiempo que esta ciudad venal sacrificaba á los extraños, se despedazaba interiormente hecha la presa de sus ambiciosos ciudadanos. Para tantas iniquidades no le faltaban ejemplos en su misma religion pues siendo las deidades unos detestables personajes entregados á todas las pasiones como los hemos ya pintado en el tomo primero de este periódico, en ellos mismos se encontraban los

modelos mas acabados de prostitucion.

El cristianismo viene á hacer frente á esta corrupcion general, y á llamar al género humano para que entrara en la senda estrecha de la virtud. La inocencia de las costumbres, la castidad, el pudor, el desprecio de las riquezas y de los honores, la paciencia para sufrir los ultrages, el amor de la justicia, en fin el sacrificio de todas las pasiones es lo que pide la nueva religion y el abandono de los dioses criminales.

Era preciso que el mundo se resistiera á una doctrina tan austera y opuesta á la antigua; sin embargo el obstáculo se vence y muchos abrazan la nueva religion observando con escrupulosidad sus preceptos: los mismos paganos dan testimonio de esta verdad, pues Plinio dice á Trajano que lo único que ha podido descubrir entre los cristianos es que se empeñan con juramento á no cometer robos, muertes ni adulterios; á no faltar á su palabra, ni apoderarse del depósito que se les confia: que en sus asambleas, las cuales segun costumbre las tienen antes del dia, cantan alabanzas á Jesucristo que es su Dios, y que concluyen con una comida sencilla é inocente. Juliano apóstata, apesar del mortal odio que profesaba al cristianismo y del empeño que tenia en desacreditarlo se vio precisado á confesar que los cristianos estaban animados de una caridad generosa, que socorrian á los desvalidos y que corrian á la muerte con la mis-

ma alegría que las abejas á la colmena.

Las virtudes de los cristianos no estaban, apesar de ser conocidas, respetadas de las gentes, porque como en ellas encontraban una continua censura de los vicios reinantes y de la religion pagana, y como por otra parte esta se habia amalgamado con los intereses del estado, y comodidades de la vida, los gefes de las naciones habian de oponer todo su poder á lo que fuera contrario á la misma religion.

En efecto los cristianos vieron en breve levantarse contra ellos unas persecuciones tan horrosas, que parecia que para siempre iba la nueva religion á abismarse en la nada sin dejar tras de sí ni aun vestigios de su existencia. El solo crímen de los cristianos era su religion, el empeño que tenian en conservarla y su resistencia invencible á prestar adoraciones á los dioses del imperio. Que estas fueron las únicas y verdaderas causas de las persecuciones, nos lo testifican los mismos edictos de los antiguos cesares y todos los monumentos de la antigüedad. Maximino dice que los emperadores se habian empeñado en poner en el buen camino á los que se habian extraviado y á obligarlos á adorar los dioses del imperio; pero que los cristianos mismos se empeñaban con ciega temeridad en los últimos peligros y que nada podia vencer su obstinacion. En otro lugar se espresa este emperador con estas palabras. *Nuestros predecesores Diocleciano y Maximiano viendo que ca-*

si todo el mundo renunciaba al culto de los dioses por hacerse cristiano ordenaron con mucha justicia que aquellos que hubieran abandonado su religion se les obligara por los suplicios á que hubieran á ella. Estos edictos de que habla Maximiano habian sido publicados el año de 303, y la substancia de ellos se encuentra en Eusebio de Cesarea, y el autor del libro de *moribus persecutorum*, dice: "se dio un edicto por el cual los cristianos eran privados de toda dignidad, condenados á las torturas, y en los tribunales, no debia oírseles cuando se quejaran por insultos que se les hicieran ó por bienes injustamente usurpados, ó por atentados cometidos contra el honor de sus mugeres." Cincuenta años antes el emperador Valeriano habia ordenado que los obispos, los sacerdotes y los diáconos fueran castigados con pena de muerte: que los senadores y caballeros romanos y todos los hombres de calidad que se hicieran cristianos fueran despojados de sus bienes y dignidad y que si aun perseveraban adheridos á la religion cristiana fueran condenados á muerte.

No es facil comprender el triste estado en que se hallaban los cristianos en estos siglos de persecucion; ellos se veian como extraños en su mismo pais careciendo de todos los auxilios que presta la sociedad, y perseguidos de sus conciudadanos, de sus amigos y aun de sus mismos padres y hermanos: el que queria maltratarios, apoderarse de sus bienes

y aún darles muerte podía nacerlo impunemente, pues ya hemos visto que por el edicto de Valeriano las leyes del imperio no tenían vigor y estaban mudas cuando se trataba de favorecer á un cristiano. Mirados en todas partes como la basura del mundo no se atrevían á presentarse al público, o si lo hacían era resignados á devorar en silencio los sarcasmos que les decían, burlas y desprecios que les hacían; mas no paraban en esto sus padecimientos, pues frecuentemente se excitaba el odio del paganismo con el mas increíble furor y de la capital del imperio, cual fuego eléctrico se difundía rápidamente por todas las provincias, los gobernantes á competencia se esforzaban á dar cumplimiento á las tiránicas ordenes de los cesares, é inventaban los tormentos mas dolorosos para que fuera la muerte de los mártires mas cruel.

Aunque en todos los países en donde se había predicado el evangelio había habido sus persecuciones y mártires comenzando los judíos á dar muerte á los cristianos, como lo hicieron con S. Estevan y Santiago; pero ningunas persecuciones fueron mayores, que las que salieron del palacio de los emperadores. Tacito en el libro 15 de sus anales describiendo la primera persecucion hecha por Neron dice que: "el nació (Neron) perecer por los suplicios mas esquisitos á los que profesaban la religion cristiana de que es autor Cristo á quien Poncio Pilatos gobernador de la Judéa conde-

nó á muerte bajo el imperio de Tiberio. Se apoderaban de aquellos que se confesaban cristianos y por sus declaraciones se descubrían otros muchos que igualmente lo eran. Era una diversion bárbara las crueldades que contra ellos se ejercitaban para hacerlos perecer. Unos eran cubiertos con pieles de bestias salvages y espuestos á los perros para ser despedazados: otros atados á unas cruces ó pilares de madera y cubiertos con algunas materias estaban preparados de tal manera que inflamados pudieran servir de luz en la noche." Juvenal hablando de esta misma persecucion dice que Neron mandaba cubrir con cera á los que habia condenado, á fin de que sirvieran de llamas vivas á los espectadores, y que se les fijaba una estaca bajo de la barba para que conservaran la cabeza levantada todo el tiempo que los quemaban. Innumerables perecieron en esta persecucion y entre ellos los principes de los apóstoles Pedro y Pablo, pero estos así como los demas apóstoles muriendo dejan hijos herederos de su espíritu y sucesores de su ministerio para que sigan rigiendo la naciente Iglesia.

La muerte de Neron no apaga el fuego de la persecucion, pues sus sucesores en el imperio excitan otras con mas furor y si la Iglesia tiene algunos momentos de quietud, solamente es para prepararse á entrar á nuevos combates.

Valeriano, Decio, Trajano aunque tan

piadoso con sus súbditos paganos, Dioclesiano, Maximiano, Juliano apostata y otros parece que quisieron hacer memorable su imperio con arrancar de raíz la nueva religion, y para el efecto no economisan crueldad. Un grito espantoso de *mueran los cristianos* resuena por la vasta estension del imperio y los grillos, las cadenas, las ruedas armadas de navajas, el fuego, el agua, en fin de todo se sirven para las persecuciones y se ven cadaños levantados en Roma y todos los lugares á ella sujetos. Frecuentemente se veía que después de haber atormentado en el potro á un cristiano, y despedazadole su cuerpo hasta descubrir las entrañas con peines de hierro, se les aplicaba al fuego, se les echaba sal, ó aceite hirviendo en sus heridas, se les arrastraba sobre pedazos de vidrio que los despedazara mas: los hombres y mugeres de todas edades eran sujetos á las mismas pruebas sin perdonar la avanzada edad de algunos como los Policarpus y Apolonias, la delicadeza de las tierñas doncellas, como las Aguedas, Lucias y Catarinas, la inocencia de los niños como los Justos y Pastores, y valor y meritos de los militares como Mauricio y su legion. El furor subiendo á su mis alto punto no se contenta con dar muerte á uno por uno de los cristianos, se busca el lugar en donde estan reunidos y allí se les inmolá á todos juntos.

En tan horrorosa persecucion no resisten los cristianos, sino que se dejan arrastrar

á los suplicios como las ovejas al matadero, no porque sea corto su número pues eran tantos, que segun decia Tertuliano en su apologia llenaban todo el imperio, las ciudades, los ejércitos, el palacio, el foro y el senado y dejaban solos los templos; sino porque segun las maximas de su religion no les era permitido levantarse contra las legítimas autoridades; por el contrario debian respetarlas y obedecerlas en todo lo que no era contra Dios, lo que cumplian con tanta exactitud, que el mismo Tertuliano en su apologia dirigida á los emperadores y al senado, les demuestra que el imperio no tiene súbditos mas fieles y obedientes que los cristianos y les desafia á que les citen un solo cristiano entre los facciosos que habian turbado el imperio. ¿Y acaso por cobardia sufririan sin levantarse contra sus tiranos? no sino porque asi lo prevenia la religion como hemos dicho, y lo demuestra el mismo valor que manifestaban en los tormentos, el cual asombraba á los mismos paganos y les persuadia que alguna fuerza divina les animaba y su constancia con otros prodigios convertia á innumerables, *siendo la sangre de los mártires segun la bella expresion de Tertuliano, como una fecunda semilla que producía cristianos á militares.* Estos ocupaban el lugar de los que morian, y animados del mismo espíritu celebraban los santos misterios, lo mismo que sus antecesores en las casas particulares que

secretamente se habian consagrado en iglesias, ó en las silenciosas catacumbas.

Casi tres siglos de persecuciones no fueron bastantes para extinguir la religion; por el contrario ella se multiplicó entre el hierro y el fuego, triunfó con el sufrimiento de sus mismos perseguidores, hizo enmudecer á los oráculos, arruino los templos del paganismo, desterró los sacrificios impuros, y la cruz detestada de todos se colocó en el Lábaro, en la corona de los cesares y en la cumbre del capitolio. ¡Dios Santo! ¿podremos negar que esta es la obra de vuestra diestra? ¿el fanatismo será capaz de producir tan asombrosos acontecimientos? ¿no será un prodigio el mas asombroso la conversion del mundo gentil? si, no hay duda, la naturaleza es muy pequeña para tan grandes cosas.

Los espíritus fuertes no hallan que responder á esta prueba de la divinidad, de la religion y pretenden cortar el nudo que no pueden desatar negando la verdad de los hechos, ó introduciendo dudas á cerca de ellos; mas ellos mismos conocen la debilidad de este recurso miserable, y se ven confundidos con el testimonio de los mismos escritores contemporáneos de los hechos y á quienes tenia cuenta el negar su verdad. Los paganos perseguidores de los cristianos, que pretendian desacreditarios por todos los medios posibles, nos hablan de la constancia de los mártires, lo mismo que los fieles que escribian sus actas. Libanio panegirista de Juliano apóstata en la o-

ración fúnebre que hizo de este emperador hace el detall de los diversos tormentos, del fuego, del hierro y de las mutilaciones empleadas contra los cristianos por los perseguidores, y dice que horribles rios de sangre se habian hecho correr. El edicto de Galerio en 305 ordenaba que se comenzara por hacer sufrir á los cristianos todo género de tormentos y que se acabara por hacerlos perecer á fuego lento: *ut post tormenta lentis ignibus urerentur*. Los de Decio y Valeriano ordenaban las torturas, las llamas, las fieras y todos los suplicios mas crueles contra los que reusaran sacrificar á los dioses. Ya hemos referido el testimonio de Tácito sobre la persecucion de Neron y Suetonio y Plinio refiere la misma verdad. Es pues la constancia de los cristianos entre los tormentos mas atroces una verdad, que no se dudó jamas, y que los paganos no hallaban á que atribuirla, aunque la confesaban, pues Porfirio cita un oráculo de Apolo que decia, que primero se conseguiria el grabar sobre las ondas, ó volar con la ligereza de las aves, que hacer mudar de religion á un cristiano. Será pues un efugio racional de los ignorantes filósofos modernos el negar estos hechos? si convinieramos en esto, ya podiamos negar la verdad de todos los hechos pasados y caer en un estravagante pirronismo.

No pudiendo los incrédulos negar racionalmente los hechos que testifican la constan-